



Crónica Literaria

Por ALONE

Bello y Sarmiento.— Parece el tema indicado para una composición de retórica: paralelo de Bello y Sarmiento como encarnaciones del espíritu apolíneo y del espíritu dionisiaco en la literatura.

Rechazando Rodríguez Monegal la clásica tentación que le impediría simplificaciones en desacuerdo con la realidad, limpió a proporcionar los elementos que un buen lector y hasta cualquiera aficionado al comentario podría trazar fícti y aún provechosamente.

Enlázase y se centran por igual las dos figuras.

Ambos son extranjeros y maestros, uno y otro se encarnan en Chile, forman escuela aquí y la suela que labran es profunda: la ordenada paz de que goza el país bajo los decretos les permite arrojar sus semillas en el suelo, protegidos por la misma autoridad.

Hasta ahí las semejanzas.

Las diferencias empiezan en el terreno físico, por decirlo así, corporalmente. Basta mirar las dos estatuas. La cabeza de Bello pide el epíteto "apolíneo", es toda serenidad y equilibrio. Los rasgos dejan ver, añadiendo a su hermosura la expresión, una coelta tristes, cierta ansiedad, la timidez y el pesimismo. Sólo se alza seguro cuando aparece entre sus libros, sobre el fondo de su biblioteca, apoyado en el sabor.

Una de las páginas realmente vivas de los Recuerdos de Larraín pinta la figura de Sarmiento: "...sus 32 años de edad parecían 60, per su calva frente, sus mejillas carnosas, sus ojos y afeadas, su mirada fija, pero osada a pesar del apagado brillo de sus ojos, y por todo el conjunto de su cabeza, que reposaba en un tronco grueso y casi encorvado".

Las divergencias se acentúan si penetramos en sus cabezas.

La de Bello, ávida y universal, se nutrió desde la infancia en toda clase de conocimientos, no cesó nunca de aprender. Nada de lo humano es ajeno a su curiosidad, idiomas antiguos y modernos, literatura clásica y romántica, los últimos descubrimientos de la ciencia y la ciencia antigua, los códigos, las letras, el teatro, lo más remoto y la novedad reciente, van organizándose allí en files enciclopédicas.

Sarmiento es un autodidacta y su jacta de serio. En su pobre cuarto enlodado del tercer piso en el Portal de Sierra Bella, Larraín vio cómo su único tesoro, un "diccionario de la Conversación" y una huera de cuadernos a la rústica. Su poderoso cerebro, hecho para la acción, no exigía demasiadas lecturas, reclamaba los hechos inmediatos, violentos y se exaltaba fácilmente.

Contra uno y otro, glanzos, orientados hacia el porvenir y visionarios, Bello extendía una mirada continental. Sarmiento la aplicaba aquí, como luchador político apasionado.

Un punto de los varios que comprende la polémica del 42 opone sus caracteres con nitidez: la cuestión del lenguaje, el uso del idioma.

Sarmiento se apoyaba en la soberanía del pueblo, le pedía sus ideas, sus lenguajes, desdeñaba el refinamiento de la forma y su pureza. No le pesaba Bello, pero le daba su lugar, guardando la medida armoniosa. Culcaba la elocuencia fuerte y chipante de su adversario; pero advirtió un peligro que Sarmiento desdeñaba dejando ir a su capricho el idioma autóctono, se daría en la torre de Babel, el castellano, fragmentado en nacionalidades, perdería su valor de vehículo común, de sonda entre los pueblos latinoamericanos.

Esto es decisivo.

También le fue el golpe del argentino a la juventud chilena al encontrarle su inercia, su esterilidad pasiva, esa provocación audaz que la despertó indolentemente.

Mediante la acción de los contrarios la obra común se vio reforzada.

La revolución que el uno encarna y que le taló por los pechos, la lenta evolución que el otro dirigió, magistralmente, coincidieron en una mente superior, establecida en el mundo largo años. Don Manuel Montt, para Alberto Edwards, es el segundo fundador de la república "en forma". No se sabe qué habría sido de ella sin él y qué suerte hubiera corrido el sacrificio de Forriales.

Uno y otro lo acataron y él extendió su protección a ambos.

A Sarmiento, exiliado de Robas, temeroso de su calidad de extranjero, se le conquistó con una frase histórica.

—Las ideas, señor, no tienen patria.

Sobre esa base, pudieron entenderse.

A Bello las contiendas políticas no le correspondían, sino la catedral, la doctrina y los espíritus de buena voluntad. Él mandaba desde ahí, sin alterarse, hablando, escribiendo, pensando. La sangre fogosa de Sarmiento se le arrebataba más allá de sus deseos, hasta la injuria. Cuando ésta apareció, encendiendo la polémica y rebajándolo, con Andrés se detuvo en un silencio digno, que no excluía los consejos oportunos a sus discípulos batalladores. Sarmiento reconocía y se hizo perdonar sus vehemencias confesándolas, reconociendo con una especie de bonhomía sus arrebatos y sus disparates.

Entre uno y otro, erguido, quejoso, protestante, va y viene un alumno infiel de Bello, partidario ocasional y dadas de Sarmiento, muy culto, pero que se creía más culto de lo que era, muy inteligente, pero no tanto como para evitar su satisfacción de estentorio; el hombre del "largo talento y lo luno" que le arrancó Jotabert.

Enseñó Rodríguez Monegal, que mantiene la balanza en equilibrio inevitable cuando se trata de los grandes, sacrifica sin crueldad, pero resultadamente a don José Victorino Larraín, que se juzgaba superior a todos. Reclamaba siempre el primer gesto, la primera idea, la iniciativa principal. La tuvo a veces y sus méritos son considerables, pero esa elección de cómplice abre una brecha en su colaje y lo vuelve vulnerable a la simple vista. Ignoraba la mediocritad hasta un extremo candoroso.

La llamada polémica del 42, que empezó el 41 y terminó el 43, movimiento literario que Sarmiento llamó de política, encavó muchas otras cuestiones de insensatez histórica, como la querrela de las generaciones, eternamente renovada con sus implicancias literarias, filosóficas, etc.

El fenómeno que es ese herido hace surgir la investigación de Rodríguez Monegal: ¿realiza cumplidamente su propósito de resucitar al "Otro Andrés Bello", reanimarlo quitándole la capa fría de retórica superficial que lo amantaba. Precediendo con amor y lucidez, indica las contradicciones de Larraín, que pag. 317, "escamotea a Bello todo lo que puede, mostrándolo en una página como un acaño sin ninguna influencia entre los jóvenes y presentándolo, en otra, como una potencia retrógrada, cuya influencia era inexistente; exhibiéndolo una vez como compañero de los jóvenes y hasta convertido al nuevo arte por la acción persuasiva de éstos, pero saliendo en seguida a agitar la imagen melodramática de un retrogrado que cierra con senda mano el camino a la revolución triunfante".

La verdad es que ocupaba un término justo, el único, capaz de unir los contrarios y aprovechar lo que cada uno ofrecía de políticamente valioso.

En este estudio de cada erudición donde los razonamientos se enlazan perfectamente documentados, no deja de aparecer la nota humana, el movimiento de la sensibilidad herida, incluso el detalle patético.

En uno de ellos la carta de Larraín a Sarmiento, año 1884, cuarenta y tantos años después de los sucesos que muestra su orgullo doliente hasta la humildad. Los "Recuerdos de provincia", del argentino apenas lo mencionan en segundo término. No pudo conformarse. Quiere refrescar la memoria, y le observa que él le llevó del tercer piso del Portal de Sierra Bella, donde estaba aislado, a la casa de la calle Agustinas que habitaba Montt, quien lo rescató por ser "cuyano". Fue un domingo con Quiroga Rosas. Entonces Montt habló con él, lo apreció, lo descubrió y lo hizo suyo. "Vino después el torbellino de la política que me separó de Montt y es intimo a ves con él, haciendo que se olvidara de mí".

Siempre el olvidado yo tras la honra que Bello y Sarmiento desdeñaron por igual, dando araña.

Bello y Sarmiento [artículo] Alone.

Libros y documentos

AUTORÍA

Alone, 1891-1984

FECHA DE PUBLICACIÓN

1970

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Bello y Sarmiento [artículo] Alone.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile